

LA VOLUNTAD

In his quae aguntur per voluntatem
regula remota est lex aeterna, regula
autem proxima est conscientia.

(Santo Tomás)

El hombre está hecho para conocer y amar. Hé ahí las dos aspiraciones constantes que absorben las energías todas de este sér a un tiempo minúsculo e inmenso, esclavo de la naturaleza y dominador de ella. Voluntad y entendimiento: potencias ambas con que el supremo Artífice quiso coronar su obra; reguladoras de este consorcio animal y racional; porque el entendimiento, cuyo objeto es la verdad, la busca por medio de los principios directores del conocimiento para ofrecerla a la voluntad, la cual impulsa todas las facultades hacia el bien, objeto supremo de nuestro vivir. Esta es la razón por que el intelecto y la voluntad se presentan como las potencias dominadoras en el hombre: aquél muestra y aconseja; ésta elige y encauza. Por eso siendo la voluntad libre en la elección de su objeto y por ende de los medios de que debe valerse para llegar a él, es preciso que esté claramente iluminada, no sea que, en su ansia de querer, pose los deseos del hombre en un sér incapaz de darle la felicidad que fatalmente apetece.

¿Y cuál será el medio seguro de que no nos extravié la voluntad? El *ordo amoris* de que habla San Agustín, es el que mediatamente puede conducir al hombre «al norte de las apoteosis». Porque en nosotros hay múltiples tendencias que reclaman su objeto y que requieren por tanto una jerarquización racional que, permitiéndoles desenvolverse hasta donde es posible sin detrimento del

conjunto, las encamine al fin de éste, que es el bien, al cual «hay que ir con toda el alma», al decir de Platón.

Pero hay un guía inmediato cuyos pasos debe seguir incesantemente la voluntad: es la conciencia recta y cierta; quien dice conciencia recta dice acciones rectas. De donde se sigue que tanto más perfecta será la voluntad «cuanto lo sean en sí las acciones que ejecute y... las miras que con ellas se proponga», y quien dice voluntad perfecta, dice «hombre» en el pleno sentido de la palabra, o sea, conjunto de raras cualidades puestas con amor e inteligencia al servicio de una noble idea. Y he dicho hombre simplemente, porque para mí este vocablo es la suprema consagración que puede darse a un individuo.

Hombre es aquél que obra de acuerdo con los dictados de su conciencia, que cumple su deber, que no se arredra ante el peligro, ni en la adversa fortuna «se abandona a una tristeza desesperada o se lisonjea con esperanzas engañosas», que se ha fijado una meta y encausa a ella todas sus actividades, perseverando siempre en sus resoluciones sensatas. Será Bolívar, que enfermo y semi-abandonado, espera «vencer!»; Cortés, envuelto en el humo de sus naves sobre una costa extraña; Naríño, meditando en la prisión los planes de independencia o en su lecho de muerte anunciando tranquilamente sus últimos minutos; será Colón perdido entre el azul del firmamento y las amenazantes olas del Atlántico; Aníbal, en la cima de los Alpes, o Pasteur en su gabinete de estudio observando los puntos vulnerables del mundo de los pequeños para poder beneficiar el mundo de los grandes; serán otros muchos que han penetrado al templo de las magnificencias o han quedado en la sombra, lejos de la memoria de los hombres, por oír el juicio favorable del mudo testigo interior o el toque inmarcesible de la eterna justicia.

Mas no son hombres aquellos que, carentes de voluntad firme, sucumben ante el obstáculo que surge en

su camino, o se entrega en los brazos de la inercia seductora, ni menos los que sacrifican su libertad al ríntin-tín de unas monedas, o tratan de ahogar su conciencia en el «limus» fatídico de sus concupiscencias. Esos, reptito, no son hombres, sino guñapos de hombres.

Es que sólo sobre la imagen augusta de la voluntad puede tatuarse un carácter magnánimo; sólo donde impera la voluntad ordenada impera la libertad, el honor y la justicia; sólo allí puede empuñar su cetro la diosa de la inteligencia. Voluntad ordenada he dicho, porque no se trata aquí de aquella firmeza irracional que hizo de Rozas un tirano, un déspota en Nerón. y un incendiario de Maravillas de Eróstato, sino de esa fuerza misteriosa que inclina al hombre hacia el bien, como inclina el peso a la balanza indecisa; de ese poder incontrastable que sabe vencer y perdonar, desdeñar y querer, descender y levantarse, llorar en la risa y reír en el llanto.

Incultos luchadores del ideal son aquellos que cada día, por medio del trabajo, la meditación, la abnegación o el esfuerzo, van formando un hábito bueno, avanzando así poco a poco en el perfeccionamiento de esta potencia, ciega como el cupido que la simboliza en acto, pero más potente que todas las diosas de mirar profundo de que habla la mitología pagana, como que es la emperatriz de un reino donde colabora la inteligencia y le ofrenda sus servicios con rara mansedumbre los fogosos corceles de que habla Aristóteles. No sin razón Duns Scot le dio la primacía sobre las demás potencias.

Un mundo de voluntades cultivadas sería un soñado jardín donde corren mansamente las fuentes de la virtud y el progreso. Pero cuán pocos son los que se cuidan de ellos; se desprecia esta fuerza reguladora de los grandes destinos; por eso el orden universal se turba y vienen esas hondas catástrofes que conmueven a la humanidad hasta en sus cimientos: las guerras, las crisis que, bien dijo un pensador, no eran pecuniarias, sino crisis de hom-

bres, de caracteres morales. Los sentimientos racionales parece que se alejan instante por instante; las nobles tradiciones se abandonan; los hombres se olvidan del deber presente para no vivir sino de glorias pretéritas; no se ve por doquiera sino una sed insaciable de honores y de lucro, que todo lo empequeñece y lo corrompe.

Qué mucho sería que el hombre supiera que no ha venido a la tierra en marcha triunfal, o en viaje de recreo, sino en peregrinación ardua y dolorosa; y que «si ha venido llorando a la vida no es porque sea aborrecido de naturaleza o porque el mundo no le sirva, sino es porque no se halla en su verdadera tierra».

Existe un infinito que se ha revelado a nuestra razón y que se ha traducido a nuestra voluntad en esa insaciabilidad que nos tortura, y de la cual no podemos sustraernos mientras vivamos esta vida de carne deleznable. Mas no es esto sólo lo que apetece el hombre. Además de esta tendencia natural existe el acto de la voluntad como potencia, por medio del cual tiende a un objeto determinado, que es la parte de ella que nos toca perfeccionar y vigilar, tratando de que esa dilección particular esté siempre acorde con la inclinación innata en nosotros. Cuando este acorde se realice tendremos una voluntad ordenada, tal cual corresponde a nuestra característica de seres racionales.

Habrán obstáculos que se opongan a su realización, mas no importa; podemos también convertirlos en auxiliares nuestros, haciendo de ellos el crisol que purifique nuestras resoluciones. Las pasiones que pudieran arrastrarnos al fondo insondable, pueden también ayudar a levantarnos a la cimera rosada donde mora el objeto de nuestros pensamientos; ellas son necesarias para que el hombre marche a su destino, pues, ya lo dijo el padre de la filosofía, «lo puramente racional nos deja fríos». Bien se expresó Balmes al decir que un hombre superior es una pasión vehemente puesta al servicio de una

noble idea. No se concibe «El Aguila de Hipona» sin su incendio pasional, a Claver sin su amor a los negros, a Bolívar sin su pasión por la libertad, ni al mismo héroe de la Iliada sin el empuje de su cólera violenta. No es justo ni conveniente estirpar las pasiones para que nuestros actos sean morales, como lo pretendieron Kant y los Estoicos, sino que han de someterse a la razón para que así juntas colaboren con la voluntad a la realización de nuestro ideal.

Qué consolador es ver que no hay a nuestro alrededor un solo pecho donde no germine una idea grande, un pensamiento noble, una perspectiva de grandeza lejana. El alma del pueblo, que suele mirarse con fría indiferencia o con crueldad injusta, abriga aspiraciones elevadas, que unas veces con heroico esfuerzo logra ver realizadas, pero que en otras las ve pasar, cual fúnebre cortejo, bajo el peso de su destino miserable. Mas esto si es lastimoso no es extraño, si se atiende al medio dificultoso en que se vive; pero cuántos hay que pudieran escalar grandes alturas con un poco de voluntad enérgica; pero que en vez de abrir las alas para volar hacia arriba, las cierran para lazarse al abismo, como lo hiciera Lucifer desde lo alto de los cielos.

«La mayor parte de los hombres, dice La Bruyère, emplean una parte de su vida en hacer el resto desgraciado». Triste, pero escueta realidad! El ardor de nuestros años juveniles nos hace víctimas de alucinaciones frecuentes, a causa de las cuales la voluntad flaquea y la razón deja de ser nuestra guía para cederle el puesto a las inclinaciones de nuestra naturaleza innoble, que sólo pueden conducirnos a una vorágine más o menos cercana. La juventud es la época en que podemos labrar nuestra dicha, mas es también la etapa en que esa dicha se aleja de nosotros. Difícil es lo primero, demasiado fácil lo segundo. Necesitamos toda una vida para hacernos perfectos, y basta un momento para desperfeccionarlo todo; si bien

una y otro no sean definitivos. Pues «cada día nos trae algún progreso en el sentido del bien o del mal». El error nos asecha por todas partes, y es preciso saberlo rechazar por medio de una razón avisora y de una voluntad enérgica, forjada en el yunque de los buenos hábitos.

Los hábitos son un elemento indispensable en la formación de nuestra personalidad, la cual llegan a dominar de tal manera que casi todas nuestras acciones las hacemos habitualmente; de ahí la necesidad de adquirir los buenos. ¿Qué es un carácter, sino una serie de hábitos de reaccionar? Y ¿qué es un hábito, sino la repetición continua de un mismo acto? De donde se concluye que si en la conducta de cada día procuramos que cada una de nuestras acciones sea buena, al cabo de algún tiempo tendremos un conjunto de hábitos que revestirán nuestra naturaleza con la fuerza incontrastable de la voluntad firme, fuente de la virtud, la grandeza y la perfección de los hombres. «Sembrad un acto y cosecharéis un hábito; sembrad un hábito y cosecharéis un carácter; sembrad un carácter y cosecharéis un destino», dijo con grave profundidad un ilustre pensador.

Condición indispensable para la formación de una voluntad fuerte es también la salud, que viene a ser en gran parte una consecuencia de los hábitos. Ya los antiguos habían comprendido la importancia de este factor cuando formularon la máxima: *Mens sana in corpore sano*. En virtud de la íntima relación que existe entre el cuerpo y el espíritu, es necesario que aquél no esté atrofiado, especialmente en lo tocante al cerebro y al sistema nervioso, para que éste pueda ejercer libremente sus funciones. Un cerebro en estado patológico y un sistema nervioso debilitado, darán por resultado una voluntad enferma, incapaz para resistir las grandes pruebas, pues no puede el árbol moribundo producir frutos sabrosos y lozanos.

La higiene, la frugalidad en la comida y en la be-

bida, el trabajo moderado, el descanso conveniente y la constante jovialidad son factores de la salud del cuerpo y por tanto del perfeccionamiento del espíritu y de la felicidad del conjunto. Necesario es que el hombre se ame a sí mismo, pero que traduzca ese amor en actos dignos de su naturaleza; necesario es que busque su desarrollo material y su bienestar temporal; como necesario es también que no olvide que tiene una razón que debe seguir y una voluntad cuya formación se le ha encomendado y de la cual depende toda su felicidad futura.

La voluntad es el barómetro que mide el grado de valor moral del individuo: esforcémonos, pues, por hacerla perfecta; trabajemos con ahínco en nuestra edad temprana para fortalecer sus flancos vulnerables; fijémos una meta elevada y marchemos a ella, más compactos que el proyectil que vuela hacia el blanco. Sólo así podremos dejar una estela en nuestra peregrinación por la tierra; sólo así podrá decirse de nosotros lo que nos cuenta Shakespeare que Marco Aurelio dijo de Bruto: «Su vida era noble y en él estaban tan bien aliados todos los elementos que la naturaleza hubiera podido erguirse para decir de él al mundo entero: Ese era un hombre!».

T. HERNÁNDEZ R.

